

Jubileo Lauretano 2019- 2020



Llamados a volar alto

Queridos loretanos y peregrinos,

cómo no agradecer al Señor de tantos dones de este tiempo: la visita del Papa el pasado 25 de marzo, la inscripción en el Calendario General Romano de la memoria opcional de la Santísima Virgen María de Loreto, para que el 10 de diciembre de cada año, en todas partes del mundo, se pueda celebrar la Memoria de Nuestra Señora de Loreto y, cómo no, ¡el gran regalo del Año Santo!

De hecho, el Papa Francisco concedió benévolamente el **Jubileo Lauretano** en el centenario de la proclamación de la Bienaventurada Virgen María de Loreto, patrona de todos los aviadores. Este es un ***acontecimiento del Espíritu Santo*** para todos los fieles, para los que guardan relación con el mundo de la aviación, trabajadores y pasajeros, y para los que llegarán en peregrinación a la Santa Casa de Loreto desde todas las partes del mundo.

¡Abramos nuestros corazones al don de este Jubileo!

Año Santo: Año de Gracia

La palabra Jubileo tiene su origen en el nombre hebreo *yobèl*, el cuerno de carnero que se tocaba para dar inicio al año jubilar hebreo, y de este término derivó el *jubilaeum* latino para designar la celebración cristiana. Además, en latín *jubilum* significa alegría: por lo tanto el Jubileo es un don para acoger y vivir con alegría.

Agradecemos al Papa Francisco el gran regalo de este Año Santo que tendrá lugar desde el 8 de diciembre de 2019, solemnidad de la Inmaculada Concepción, hasta el 10 de diciembre de 2020. El acto religioso, que comienza con el rito de apertura de la Puerta Santa presidido por S.E.Rdma. el Card. Pietro Parolin, Secretario de Estado, está destinado a promover la santidad de vida.

Sed santos porque yo, el Señor, vuestro Dios, soy santo (Lv 19,2), lo cual dicho con expresión simbólica puede sonar así: “Vuela, no tengas miedo, no dejes que el motor de tu corazón se oxide.”

Es esta la gracia que el Papa Francisco nos invita a pedir en la oración creada con motivo del Año Santo *Lauretano*: la gracia de *volar alto con nuestro espíritu*. ¿Y qué significa volar alto si no respondemos, en la concreción de la vida cotidiana, a la llamada a la santidad, como nos indica el mismo Santo Padre en la exhortación apostólica *Gaudete et exsultate*?

No tengas miedo de la santidad. No te quitará fuerzas, vida o alegría. Todo lo contrario, porque llegarás a ser lo que el Padre pensó cuando te creó y serás fiel a tu propio ser.

Cada cristiano, en la medida en que se santifica, se vuelve más fecundo para el mundo. No tengas miedo de apuntar más alto, de dejarte amar y liberar por Dios. No tengas miedo de dejarte guiar por el Espíritu Santo.

La santidad no te hace menos humano, porque es el encuentro de tu debilidad con la fuerza de la gracia. En el fondo, como decía León Bloy, en la vida “existe una sola tristeza, la de no ser santos”. (cfr. Gaudete et exsultate, 32-34)

Y todavía:

Ser santos no es un privilegio de unos pocos, como si alguien hubiera recibido una gran herencia; todos nosotros en el Bautismo tenemos la herencia de poder ser santos. La santidad es una vocación para todos (Papa Francisco, Angelus, 1 nov. 2013).

El vuelo: metáfora de nuestra vida

La Santa Casa, transportada en vuelo por ángeles según la antigua tradición, inspiró a los aviadores que sobrevivieron a la Primera Guerra Mundial a confiar en María como su principal patrona. En esa época, de hecho, los aviones eran denominados popularmente casas voladoras. Así, el Papa Benedicto XV, el 24 de marzo de 1920, declaró a la Santísima Virgen de Loreto “patrona principal de todos los aviones”.

Hoy, en poco tiempo, podemos volar en todo el mundo, conocer la extraordinaria variedad de la humanidad y tejer relaciones profundas, promoviendo la fraternidad entre los pueblos y promoviendo un futuro sostenible a nivel ambiental, social y económico. Los aviones, como *casas voladoras*, se han

convertido en puentes que unen a los hombres y abrazan los continentes.

El vuelo de los aviones también inspira la metáfora de nuestra existencia: ***estamos llamados a volar alto, porque el Señor nos quiere santos***. La realidad concreta de nuestras vidas se convierte cada día en la pista para despegar y *volar alto*. Y si, de vez en cuando, ya no nos acordamos de cómo volar, confiémonos al Señor, que está dispuesto a ayudarnos y aprovechemos sus fuerzas para no rendirnos jamás. *Los caminos de la santidad son múltiples y adecuados a la vocación de cada uno. Tantos cristianos se han santificado en las circunstancias más ordinarias de la vida. Es el momento de proponer de nuevo a todos con convicción este alto nivel de la vida cristiana ordinaria.* (Novo millennio ineunte, 31).

La ruta de este Jubileo: santidad para todos

Mantengo vivo el recuerdo de una historia que me impactó cuando era niño. Es sobre un hecho que ocurrió en un aeropuerto.

Un furioso temporal había golpeado a todos los pasajeros de un avión antes de salir y que se daban prisa por abordar. Un azafato, habiendo verificado que todos los pasajeros estaban a bordo, cerró la puerta. Sin embargo, el avión no despegó. De repente, un hombre desde el exterior comenzó a golpear con fuerza la puerta trasera pidiendo que la abrieran. El azafato respondió con firmeza que el tiempo de embarque había terminado y que ya no era posible embarcar. El hombre continuaba golpeando. Entonces una mujer, que estaba observando

la escena, se levantó, se acercó al azafato y lo convenció de que abriera la puerta. El hombre entró: era el piloto.

También para nosotros existe el riesgo de dejar en tierra al piloto de nuestra vida, Cristo el Señor. Y María es la Mujer que nos ayuda a abrirle la puerta porque con Dios no tenemos nada que temer. *Él está a la puerta y llama* (cf. Ap 3, 20), pidiendo constantemente entrar. A nosotros nos corresponde abrirle, hacerle sitio y dejarnos guiar por Él, para que sea Él quien dirija el vuelo de nuestra existencia.

El camino de la santidad es **vivir en Cristo** (cf. Flp 1, 21), que *da un horizonte nuevo a la vida y, con ello, una orientación decisiva* (Deus caritas est, 1). Este es el sentido auténtico y profundo de este Jubileo: ***volvernos al Señor, renovar nuestra confianza en Él y dejarnos llevar por Él hacia lo alto, para vivir la vida en el soplo del Espíritu, redimiéndonos de aquellas realidades que pueden atraparla o incluso aplastarla y aprisionarla.***

*La santidad para todos es, por tanto, el contenido espiritual y el camino que este Jubileo nos propone acoger **para dar nueva forma y mayor esperanza a nuestra cotidianidad.*** Así como María y José testimoniaron en la humildad y sencillez de la Santa Casa. *María vivió en la tierra una vida común a todos, llena de preocupaciones familiares y de trabajo* (cf. Apostolado de los Laicos, 4). Una santidad ordinaria, diría que casi **casera**, que teje e irradia la vida cotidiana de la Iglesia y de la sociedad y se hace cargo del lugar y de las situaciones en las que vivimos.

Volamos alto, porque sólo desde lo alto, con los ojos de Dios, podemos comprender el sentido profundo de nuestra vida, del mundo y de la Iglesia.

Volamos alto, pero con los pies en la tierra, porque ser santo no significa "aletear", ni soñar con proyectos extraordinarios, sino hacer las cosas ordinarias de un modo extraordinario, es decir, con fe y con mucho amor, como sucedió en la casa de Nazaret.

María nos apoya para hacer que nuestro Sí a la vida cotidiana sea más generoso, para hacer de nuestra vida la casa de Dios, la verdad de su presencia.

Y por eso no es necesario ser obispos, sacerdotes, religiosas o religiosos... Todos estamos llamados a ser santos viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día, allí donde cada uno se encuentra. ¿Eres consagrada o consagrado? Sé santo viviendo con alegría tu entrega. ¿Estás casado? Sé santo amando y ocupándote de tu marido o de tu esposa, como Cristo lo hizo con la Iglesia. ¿Eres un trabajador? Sé santo cumpliendo con honestidad y competencia tu trabajo al servicio de los hermanos. ¿Eres padre, abuela o abuelo? Sé santo enseñando con paciencia a los niños a seguir a Jesús. ¿Tienes autoridad? Sé santo luchando por el bien común y renunciando a tus intereses personales (Gaudete et exsultate, 14).

Una vida así hace rebosar el corazón de alegría, de ese **gozo interior** experimentado por San Francisco de Asís, porque es un don de Dios y es propio de los que siguen la propuesta de Jesús en el discurso de las Bienaventuranzas.

Las coordenadas del vuelo: las Bienaventuranzas

Bienaventurados los pobres de espíritu, los afligidos, los mansos, los hambrientos y sedientos de justicia, los

misericordiosos, los de corazón puro, los que trabajan por la paz, los perseguidos.... porque de ellos es el reino de los cielos (cf. Mt 5, 3-10). En este año de gracia, será precioso **meditar y vivir las bienaventuranzas evangélicas en nuestra vida cotidiana.**

En el espíritu de las Bienaventuranzas podemos reconocer el rostro del hombre, nuestro rostro posible, porque en el misterio de las Bienaventuranzas, encarnadas en la vida de Cristo, *se encuentra la verdadera luz del misterio del hombre* (cfr. Gaudium et spes, 22). Hay un ser santo para los que reconocen su pobreza, su condición de criaturas y se confían humildemente a los que marcan el curso de su vida; hay felicidad para los hambrientos y para los que buscan el sentido y la justicia, para los que guardan en sus corazones el deseo de una vida plena y lo persiguen con pasión; hay felicidad encerrada en una sonrisa, que ilumina un rostro salpicado de lágrimas; hay una felicidad que puede surgir después de una noche de odio y de violencia, de la calumnia gratuita, de la oposición egoísta....., porque el Señor no abandona a las fuerzas del mal la vida de sus hijos y para cada uno tiene un plan de amor.

María creía en las promesas de felicidad de Dios.

A lo alto con María, Reina y Puerta al Cielo

El logo y la oración del Jubileo retoman la invocación de las Letanías Lauretanas: *María Reina y Puerta del Cielo*. María nos lleva a Jesús: a Ella podemos confiarnos porque compartió en profundidad el misterio de la Redención de su Hijo Jesús. La maravilla de ser mirada por Dios llenó su corazón de confianza y no vaciló en expresarle su SÍ. Ella nos exhorta: **Haced lo que**

Jesús os diga (cf. Jn 2, 5), para transformar el agua de nuestra vida cotidiana en vino de alegría y de paz.

Con su Sí incondicional al plan de Dios, envuelta del Espíritu Santo y saliendo de su casa, María determinó **el final** de su aventura terrenal: el Paraíso. Ella también ha tenido que enfrentarse a los obstáculos y a las "turbulencias" y a las preocupaciones, pero las dificultades no han sido una razón para decir no, sino un empuje para mirar más allá de las dudas, volviéndose a Dios al estilo propio de Jesús: *Abba, Padre... no sea lo que yo quiero, sino lo que tú quieres* (cf. Mc 14,36).

Nosotros, pobres pecadores, la invocamos *ahora y en la hora de nuestra muerte*, porque ella es la *Puerta del Cielo*, la **portera celestial** que nos toma de la mano y hace posible el acceso a su Hijo: **per Mariam ad Jesum** (*por María a Jesús*). Así como Ella nos ayuda a abrir la puerta de nuestro corazón a Jesús Salvador, también nosotros nos apresuramos continuamente hacia Ella para que nuestro vuelo avance en la dirección correcta, hasta llegar al Cielo, sostenidos por la fe, la esperanza y la caridad.

Esa fe y caridad de quien ha experimentado la subida y sigue caminando **mirando al cielo, porque allí ha estado y allí quiere regresar** (Leonardo da Vinci). Esa esperanza que nos hace decir con el salmista: **sólo en Dios está mi salvación y mi gloria** (Salmo 61).

Un hombre observaba a un niño que estaba solo en la sala de espera de un aeropuerto, esperando el anuncio de la salida del vuelo. Cuando comenzó el embarque, el niño fue guiado por la azafata hasta su asiento cerca de la ventana. Por casualidad, el hombre que lo observaba tenía su asiento junto al niño. Durante el vuelo, el niño sacó un libro y algunos lápices de colores de la bolsa y comenzó a colorear. Demostraba que no tenía ansiedad

ni preocupación por viajar en avión. De repente, el avión se topó con una fuerte tormenta y todos los pasajeros se asustaron. Algunos lloraban, otros rezaban, otros temblaban aferrados al asiento. El niño parecía estar en otro mundo, todavía concentrado en sus pinturas como si estuviera sentado plácidamente en el salón de la casa. Finalmente la turbulencia cesó. Hubo tantos suspiros de alivio... alguien dijo... "Mira esto, nosotros los adultos tan asustados y este niño tan tranquilo"... Entonces una señora todavía muy afectada por la situación y casi sin voz le preguntó al niño: "¿No tuviste miedo? ¿Cómo lo hiciste?" Con una voz de absoluta serenidad y levantando la vista de su libro, el niño respondió: "No, no tengo miedo. ¡Mi padre es el piloto de este avión!"

Reavivemos la certeza de que el **Padre nos ama** (cf. Jn 16, 27) y **conduce nuestra vida** según su designio de amor y de salvación.

¡Esta es la razón de nuestra esperanza!

Con María, atravesamos la Puerta Santa

Ahora unamos nuestras voces al canto de alabanza y gratitud de María: **Proclama mi alma la grandeza del Señor** (Lc 1,47). Cantemos *la alegría de ser salvados* (cf. Salmo 50) y de encontrar en Ella la indicación más luminosa para dejarnos renovar por su Hijo Jesús.

Dejémonos llevar de la mano de su ternura de Madre y atravesemos humildemente la Puerta Santa, que no es otra cosa que Jesucristo. Él nos elevará con la gracia de los Sacramentos, restaurando nuestra belleza original; será Él la luz que guía nuestro camino, la brújula para no perder la ruta de vuelo, la

gracia que debemos recibir para que *nuestra alegría sea plena* (cf. Jn 15, 11).

Gaudete et exsultate!

Que la exhortación apostólica del Papa Francisco sobre *la llamada a la santidad en el mundo contemporáneo* nos acompañe en nuestro camino jubilar.

¡Feliz Jubileo a todos! Con mi bendición,

.

✠ Fabio

Arzobispo

Loreto, 11 noviembre 2019